



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

INTRODUCCION

En 17 de enero, la brigada al mando de Félix Zuloaga ocupó la ciudad de México. Un día antes, Juan José Baz reveló ante el Congreso la conspiración que, no obstante, ya iba de boca en boca. No se ocultaba a nadie que los generales Miramón y Osollo visitaban todas las noches al arzobispo de la Garza. Paso a paso, Comonfort había precipitado los sucesos de diciembre: en julio, puso en vigor la Ley Lares; el día 30, por un sólo día, Zarco fue aprehendido. Desde Tacubaya, los soldados estaban al acecho; la guardia nacional permanecía inmóvil. Juárez sufría una amistosa prisión en el Palacio Nacional. Los reaccionarios tocaban a la puerta del despacho del Presidente, hacían corrillos y esperaban. Payno, Ministro de Hacienda, hizo este memorable relato de aquellos días: “El señor Comonfort conservaba todavía alguna esperanza, le quedaba Veracruz; creía contar absolutamente con toda la tropa de línea y con algunos cuerpos de la guardia nacional; pero entretanto se le urgía por las dos entidades, que lo oprimían, como si hubiera estado en una prensa.

— Decídase usted por el partido conservador, decían al señor Comonfort, y échese en sus brazos, y tendrá Ministerio, y podrá disponer de todos sus elementos; pero es menester derogar la ley de 25 de junio y la de fueros, y la de obvenciones parroquiales y todo y todo; en una palabra, retroceda usted, y tendrá dinero, y tendrá ayuda.

— Imposible, decía el señor Comonfort, yo no vuelvo atrás, yo no derogo la ley, yo no puedo convertirme en verdugo de los mismos que me han acompañado a la campaña de Puebla; yo no puedo desterrar a Juárez ni a Olvera, ni puedo ir a combatir con Doblado y Parrodi; yo modificaré todo; yo no perseguiré ya, porque el brazo me duele de castigar; pero yo no puedo convertirme en reaccionario.

— Pues entonces échese en brazos del partido puro, y olvidará todo lo que ha pasado; pero es menester declarar bienes nacionales los del clero, reducir las monjas, acabar con los frailes, echar unas cuantas docenas de hombres de la República, y quizá fusilar a otros; en fin, entrar de lleno y con franqueza en el camino del progreso, y después de hecho todo esto, convocar a una asamblea, que dé una nueva constitución al país; así aceptará el partido puro la revolución de diciembre.

— Imposible, contestaba Comonfort, ¿cómo voy a desterrar al Arzobispo, para que se muera en el camino, y me llamen toda la vida un asesino. ¿Cómo voy a dejar a los pueblos sin curas? Cómo voy a hacer que los soldados peleen con valor y con fe, si saben que no los han de absolver a la hora de su muerte, y no los han de enterrar en sagrado? Yo no perderé el camino andado, yo no iré para atrás; pero que se me deje tiempo, y pensaremos cómo las reformas se van planteando, sin hacer violencia a la conciencia de la gente pacífica y timorata.”²⁰⁸

Payno, no trasladaba, ciertamente, conversaciones reales en su relato, pero sí el espíritu de los diálogos en el despacho presidencial. Día tras días, desde 1856, las discusiones debieron ser como Payno las escribiera. Comonfort, sin embargo, no dudaba al punto de no ceder ante uno de los extremos; la supresión de leyes por él juradas, y los decretos sacados del archivo de la reacción, como la Ley Lares, eran ejemplos de que se oponía, en verdad, a la revolución. Su naturaleza política la había definido Ocampo, desde los debates en Cuernavaca al formar el ministerio de Ayutla. La media tinta que hizo correr en sus cartas, la media agua que se advertía en su voz, pudo desaparecer para algunos de los que llegaban con las tropas de Alvarez, mas no convenció a Ocampo. En los días de la batalla de Ocotlán, parecía Comonfort conquistado por la Reforma, pero una vez lograda la victoria y aplicadas las medidas aconsejadas por Lerdo, expidió perdones, titubeó para volver soldados rasos a los generales rebeldes y movió la animadversión a los puros del Congreso. Uno tras otro, sus ministros se presentaban a oponerse a las leyes, por radi-

²⁰⁸ Manuel Payno, *Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857*, en *Opúsculos de Payno*, Bibliófilos Mexicanos, México, 1960, pp. 61-2.

cales. El "aún no es tiempo" parecía la consigna. Y lo era. Siempre lo ha sido en los moderados. Comonfort definió a los reformadores como hombres cuyas teorías eran hermosas pero groseros e insoportables quienes las sustentaban, dando así una espléndida definición de lo que oculta el ánimo moderado: teoría pura, sin aplicación; doctrinas para diálogos apacibles; revolución hermosa, por sus esperanzas; fea por la realización. Marx apuntó que en esa diferencia estaba el odio y la oposición violenta al pueblo. Mientras la revolución no rebasa los enunciados, es una revolución espléndida; cuando se vuelve acción, y necesariamente acción popular, la reacción solapada desata su furia. Así ocurrió en 1857. La Constitución, con todo y haberse rechazado los artículos fundamentales de la Reforma: tolerancia religiosa, supresión del juicio por jurados, etc., etc., era un código avanzado. Había que cumplirlo. Aquí empezó la conjura. El gobierno, ya lo había anunciado por voz de sus ministros en el Congreso, se opuso; salieron los propietarios de sus haciendas, los generales de sus cuarteles y se lanzaron al Palacio Nacional; unos, llegaron a tratar de persuadir a Comonfort; otros, a darle apoyo; el clero, esperaba. Cuando Comonfort titubeó, se alzaron las tropas. El Presidente sólo tuvo tiempo de salvar a Juárez. Zuloaga, al frente de su brigada, se declaró "presidente interino" y empezó la contrarreforma: derogar leyes, proscribir a los "rojos", levantar patibulos y aturdir a las familias. Del manifiesto de Zuloaga —iturbidismo de 1821— a la carta del Papa Pío IX hay tres meses de diferencia. En ese tiempo, Juárez había organizado el poder nacional desde Guanajuato. Se entablaba entonces la lucha decisiva: Calpulalpam sería la primera etapa y Querétaro la última. Nueve años de batallar en que la República, como escribiera Justo Sierra, se fundiría, para siempre, a la Reforma.